

¿Puede Dios olvidarte? – Charles Spurgeon

El pacto de gracia y su importancia

El pacto de gracia que Dios establece con los hombres es una realidad maravillosa, porque el Creador entra voluntariamente en un vínculo con su criatura mediante su propia promesa. Dios une su majestad con la humanidad por gracia, haciendo de este pacto algo prodigioso y lleno de misericordia.

La doctrina del pacto se sostiene por sí misma, ya que si Dios ha establecido un pacto, necesariamente será fiel a él. La atención se dirige hacia la aplicación práctica de esta verdad, invitando a cada persona a considerar si participa personalmente en ese vínculo divino.

Establecer un pacto de gracia con los hombres constituye una bienaventuranza incomparable. Surge entonces la pregunta fundamental: en qué consiste realmente este pacto y cuál es su contenido espiritual para aquellos que lo reciben.

Para comprenderlo, se acude a la Escritura, especialmente al anuncio del nuevo pacto descrito en Jeremías, donde Dios promete hacer un pacto distinto al anterior, uno basado en la transformación interior y no únicamente en mandamientos externos.

Contenido y características del pacto de gracia

En el nuevo pacto, Dios promete escribir su ley en la mente y en el corazón de su pueblo en lugar de hacerlo en tablas de piedra. La obediencia ya no nace solo de una exigencia

externa, sino de una renovación interior producida por Dios mismo.

El pacto de gracia es una promesa solemne e irrevocable. Dios, que no puede mentir, garantiza su cumplimiento, invitando a cada persona a examinar si verdaderamente posee una relación de pacto con Él.

Este pacto constituye un privilegio espiritual en el que Dios declara que su pueblo le pertenecerá y que Él será su porción eterna. La relación entre Dios y su pueblo se vuelve íntima, personal y permanente.

Beneficios espirituales del pacto

Dentro del pacto, los creyentes reciben instrucción celestial y conocen a Dios como Padre, a Jesucristo como hermano y al Espíritu Santo como Consolador. Se establece así una comunión viva y continua con Dios.

El perdón de los pecados ocupa un lugar central. Dios promete borrar completamente la maldad y no recordarla jamás, eliminando toda acusación contra aquellos incluidos en el pacto.

La naturaleza incondicional del pacto

El pacto de gracia no descansa en condiciones humanas. Su fundamento está en el “yo haré” divino, mostrando que la iniciativa y la eficacia pertenecen exclusivamente a Dios.

Se trata de un pacto real y majestuoso basado en la soberanía de la voluntad divina. Nada puede poner en peligro la promesa ni volver inseguro el don concedido por gracia.

El pacto en las profecías de Ezequiel

El profeta Ezequiel describe el pacto como una obra transformadora en la que Dios da un corazón nuevo y un espíritu nuevo a su pueblo. El corazón de piedra es reemplazado por un corazón de carne capaz de obedecer sus mandamientos.

Dios promete limpiar a su pueblo de toda impureza, derramar agua limpia sobre ellos y capacitarlos para caminar en sus estatutos. Todo procede de la iniciativa divina y no del esfuerzo humano.

Las promesas del pacto son gratuitas e incondicionales. Dios actúa por pura gracia, perdona las iniquidades y produce obediencia en quienes antes eran incapaces de agradarle.

Contraste entre el pacto de obras y el pacto de gracia

El primer pacto fue el pacto de obras establecido con Adán, basado en la obediencia perfecta a la ley. Sin embargo, el fracaso humano demostró que nadie puede ser justificado por sus propias obras.

Este pacto terminó trayendo maldición debido a la desobediencia. Entonces apareció el segundo Adán, Jesucristo, quien estableció un nuevo pacto destinado a redimir y bendecir a su pueblo.

En el nuevo pacto, el Padre entrega un pueblo a Cristo y le encomienda su redención. La bendición prometida depende de la obediencia perfecta del Hijo.

Cumplimiento del pacto por Jesucristo

El pacto se sostiene sobre la obra de Cristo, quien obedeció la ley y pagó completamente la deuda del pecado. Cuando declaró “consumado es”, aseguró el cumplimiento definitivo del pacto.

Ahora el pacto es unilateral, porque la parte humana fue cumplida por Jesús. Dios cumplirá plenamente sus promesas porque nada puede frustrar aquello que Cristo ya garantizó.

El Señor verá el fruto de su sacrificio, justificará a muchos y todos aquellos por quienes fue fiador serán aceptados delante de Dios.

La gracia sin condicionales

El pacto de gracia es exclusivamente gracia. No admite mezcla de méritos humanos ni dependencia de obras. Dios salva porque decide salvar según su misericordia soberana.

Dios contempla a la humanidad perdida y responde con promesas absolutas de salvación basadas en la entrega de su Hijo.

Criterios para identificar la participación en el pacto

Para saber si alguien participa del pacto, se plantea un examen espiritual: estar en Cristo, pertenecer al segundo Adán y recibir la justicia cumplida por Él.

Estar en Cristo implica haber sido representado por su obediencia y beneficiarse del pacto establecido con Él. La marca distintiva es la fe viva en Jesucristo.

La fe como señal del pacto

La señal de los salvados no es la confianza en las obras, sino la fe. El justo vive por la fe y descansa completamente en Cristo para su salvación.

Quienes creen con todo su corazón reciben todas las bendiciones decretadas en el pacto.

El nacimiento espiritual y la promesa

El nuevo nacimiento es esencial para participar del pacto. Así como Isaac nació por promesa y no por esfuerzo humano, la vida espiritual procede exclusivamente del poder de Dios.

La esperanza del cielo no depende del origen natural ni de privilegios humanos, sino de una vida nueva dada por el Espíritu eterno.

Quien posee esta vida divina pertenece a la descendencia de la promesa y es contado dentro del pacto.

Abraham como padre de los creyentes

Abraham es llamado padre de los creyentes porque la bendición recibida por él alcanza a todos los que creen. El pacto se extiende a todos los que comparten su fe.

Las preguntas probatorias permanecen: estar en Cristo, creer en Jesús y haber nacido por el poder del Espíritu según la promesa eterna.

La eternidad y la fidelidad del

pacto

El pacto fue concebido antes de la creación del mundo. Cristo se comprometió eternamente a redimir a su pueblo y llevarlo a la gloria.

Dios jamás quebranta sus compromisos, y la seguridad del creyente descansa en la fidelidad divina.

La seguridad en la palabra de Dios

Quienes fundamentan su fe en la palabra de Dios reciben personalmente cada bendición del pacto. Aunque surjan dudas, Dios capacita a su pueblo para caminar en obediencia.

El pacto promete perseverancia, santidad y transformación porque Dios produce tanto el querer como el hacer en sus hijos.

La permanencia del pacto

Dios no olvida a quienes están en Cristo. El pacto es perpetuo y ha sido sellado con la sangre de Jesús, garantía eterna de su cumplimiento.

La vida espiritual dada por Dios es incorruptible y permanece para siempre. Ninguna fuerza puede extinguirla.

La voluntad soberana de Dios en el pacto

Dios estableció el pacto libremente y por su propia voluntad. Precisamente por ello, jamás se retractará.

La sangre de Cristo es el sello permanente del pacto y asegura la salvación de todos aquellos por quienes Él murió.

La ratificación del pacto por la muerte de Cristo

La muerte de Jesús ratificó definitivamente el pacto. Dios no abandonará a sus redimidos, porque ha prometido salvarlos y cumplir todo lo acordado en Cristo.

El pacto permanece firme aun cuando cambian las circunstancias humanas.

El gozo de Dios en el pacto

Dios se deleita en hacer bien a su pueblo. El pacto expresa el gozo de su corazón al perdonar la transgresión y extender misericordia.

El pacto eterno refleja el carácter mismo de Dios, firme hasta en sus más pequeños detalles.

La seguridad de la salvación

Dios ha jurado que Cristo recibirá la recompensa de su sacrificio. Ninguna acusación futura podrá levantarse contra quienes han sido redimidos.

Dios vencerá el pecado, santificará, guardará y conducirá hasta el final a quienes creen en Cristo.

La vida transformada por el pacto

El pacto asegura la salvación, por lo que la obediencia ya no busca ganar el favor divino, sino expresar gratitud por la gracia recibida.

El creyente vive ahora para Dios, impulsado por amor y agradecimiento hacia Aquel que murió y resucitó por él.

Manifestaciones del pacto en la vida

La santidad se manifiesta naturalmente en quienes están bajo el pacto de gracia. Sus vidas glorifican y magnifican al Dios del pacto.

Invocar el nombre del Señor, apropiarse de sus promesas y confiar plenamente en ellas se convierte en la práctica cotidiana de la fe.

El pacto de gracia culmina así en una vida transformada, sostenida por la fidelidad divina y dirigida hacia la comunión eterna con Dios.